

Demetrio Boersner

La Hora Internacional

El año 1992 se inicia como un panorama internacional sombrío y preocupante. Algunas iniciativas positivas en Latinoamérica —pacificación salvadoreña, arreglo político haitiano y avance integracionista andino— se enmarcan dentro de una situación mundial desalentadora, de recesión económica, miseria popular, desintegración eurásica, ascenso de rabiosos antagonismos étnicos, desorientación ideológica y moral, y falta de estadistas convincentes.

AVANCES Y RETROCESOS EN AMÉRICA LATINA

A primera vista, el nuevo año se inicia con hechos políticos, positivos para la América Latina.

En la noche del 31 de diciembre de 1991 al 1° de enero de 1992, el gobierno de El Salvador y los representantes del FMLN, en presencia del secretario general saliente Pérez de Cuéllar, firmaron en la sede de la ONU un histórico acuerdo de paz. Quedó establecido el marco para un proceso que habrá de llevar a El Salvador, luego de una guerra civil que duró de 1979 hasta el presente, hacia una reconciliación basada en la convivencia democrática.

Los "amigos del secretario general" —presidentes de Venezuela, México, Colombia y España— desempeñaron un papel destacado en la elaboración del acuerdo, y Javier Pérez de Cuéllar con sus ayudantes demostró una vez más su gran calidad de pacificador.

Cuatro potencias industrializadas —Estados Unidos, Canadá, Japón y Comunidad Europea— se unieron al grupo de los "amigos" para apoyar con ayuda económica efectiva la construcción de la paz acordada.

En conformidad con el acuerdo suscrito, las partes salvadoreñas iniciaron en seguida la discusión de los detalles que quedaban por determinarse, con respecto a las cifras de reducción de efectivos militares, la entrega de armas

y el cronograma de las diversas fases de un proceso que abarca aspectos militares, políticos y socioeconómicos.

Una fuerza de paz de las Naciones Unidas para El Salvador (UNISAL) actuará temporalmente en el país para supervisar y garantizar los compromisos de paz y de democratización. De hecho, UNISAL sustituye a la anterior UNICA, que se ocupaba de toda América Central con particular atención a Nicaragua.

Este apoyo de las Naciones Unidas y, por encima de todo, el beneplácito de los Estados Unidos, nos llevan a pensar que la pacificación salvadoreña será exitosa, para bien del pueblo de ese sufrido y valeroso país, que en 12 años de conflicto interno perdió 75.000 hijos e hijas.

Otro hecho alentador ocurrido durante el pasado mes lo constituye un acuerdo negociado en Caracas entre el derrocado y exiliado presidente constitucional haitiano Jean-Bertrand Aristide y representantes del gobierno usurpador establecido por los golpistas. Según el proyecto referido Aristide reasumirá sus funciones de jefe de estado, pero compartirá la toma de decisiones con un primer ministro, Théodore, jefe de una corriente comunista convertida a un reformismo de estilo socialdemócrata. Para el logro de ese acuerdo, Aristide cuenta con el respaldo firme del gobierno de Venezuela, empeñado —y esto lo honra y honra a su presidencia— en "pagar la deuda histórica" que tenemos contraída para siempre con Alejandro Pétiou y sus herederos.

Hasta el último momento de las conversaciones, existieron presiones del gobierno norteamericano que aspiraba que el primer ministro de Haití no fuese Théodore sino el derechista neoliberal Bazin, cuya candidatura presidencial pasada había contado con la simpatía de Washington. Desafortunadamente, no se puede prever que esas presiones cesen en el futuro. Los conservadores que ejercen el poder en Norteamérica miran con suspicacia al dúo centro-izquierdista Aristide-Théodore que no estaría dispuesto a aceptar incondicionalmente el "nuevo orden" internacional neoliberal.

Un tercer suceso positivo fue la entrada en vigencia, el 1° de enero de 1992, del acuerdo de eliminación de barreras aduaneras entre los países andinos: primero entre Venezuela, Colombia y Bolivia y posteriormente también con Ecuador y Perú. Es un paso que en su conjunto no puede ser objetado por nadie que tome en serio el mandato bolivariano de crear una sola gran patria latinoamericana. Pero es urgente que la iniciativa sea perfeccionada en todos sus aspectos y alcances. En primer lugar, el integracionismo no debe ignorar intereses vitales de ninguna de las naciones participantes y tales intereses deben seguir siendo negociados y defendidos con paciencia y firmeza sin menoscabar la voluntad de avanzar hacia la unión. En segundo término, es urgente la creación de un sistema de aranceles exteriores comunes para frenar una desmedida invasión de nuestra economía regional en vías de desarrollo por bienes y servicios del mundo altamente industrializado; de otro modo, la integración perdería su carácter propiciador de un desarrollo autónomo (por más que esté "inserto" en la economía mundial).

Por último, cabe calificar de positiva —y valiente— la actitud conciliadora del presidente peruano Alberto Fujimori, quien viajó a Quito para abrazar al presidente ecuatoriano Rodrigo Borja y reconocer por fin que entre esos dos países existe un problema derivado de pasadas luchas territoriales. Sin llegar a aceptar la propuesta ecuatoriana de un arbitraje pontifical, el presidente peruano se declaró dispuesto a considerar un "peritaje" de la Santa Sede.

Del mismo modo, Fujimori también dio un paso generoso y positivo hacia Bolivia, prometiendo a ese país (principal perdedor de la Guerra del Pacífico de 1879-1883) una salida al mar a través de un puerto puesto a su libre disposición.

En contraste con esos hechos alentadores, el pasado mes estuvo caracterizado por otras tendencias, negativas para la paz, el progreso y el bienestar de los pueblos americanos, y cabe temer que esas tendencias sombrías sean más fuertes y dominantes que los avances anteriormente señalados.

El primero de dichos elementos preocupantes es la disminución de las probabilidades de una salida pacífica para Cuba. Desde hace años, estadistas reformistas encabezados por el presidente de Venezuela están realizando esfuerzos para que la revolución socialista de la isla llegue a un "aterrijaje suave", con la apertura de una etapa de transición hacia la democracia pluralista y hacia una economía mixta: de mercado

pero conservando ciertos elementos de dirigismo autonomista y redistributivo. El gobierno norteamericano y los sectores conservadores de toda América se oponen a esa tesis: anhelan que el castrismo termine en un colapso más o menos catastrófico, que de vía libre a una restauración capitalista irrestricta. Cuba pide que Estados Unidos levante su bloqueo a la isla como precondition para una amplia "perestroika", en tanto que Washington plantea lo contrario: la democratización primero, como condición para el levantamiento del embargo.

A mediados de enero, la línea dura de los conservadores recibió aliento, y los esfuerzos reformistas mediadores sufrieron un rudo golpe, cuando el gobierno del comandante Castro condenó a muerte a tres subversivos. Dos de los condenados fueron objeto de conmutación de penas, pero uno de ellos murió fusilado el 20 de enero. Al mismo tiempo, el régimen cubano anunció que de ahora en adelante ejercerá una implacable represión contra quienquiera lo ataque desde adentro o desde afuera. Esa suerte de "re-estalinización" ha causado desagrado y desaliento entre quienes opinamos que el ensayo cubano, pese a la falta de libertad pluralista que lo caracteriza, tiene mucho de positivo que debería ser salvado a través del "aterriaje suave". En cambio provocó gran alegría en el ánimo de los contrarrevolucionarios implacables, que ven acercarse el momento del anhelado colapso catastrófico.

El otro hecho claramente desalentador en la actual coyuntura americana tiene carácter más fundamental. Nos referimos a la profunda e indignante desigualdad en el trato entre el norte y el sur del hemisferio. Los Estados Unidos, con el apoyo de los organismos financieros internacionales, han logrado imponer a los gobiernos latinoamericanos unas políticas de fielísimo cumplimiento de las recetas neoliberales: abandono del proteccionismo arancelario y de los subsidios a la producción nacional, fronteras abiertas al capital extranjero para una "inserción" a ultranza, y amplios programas de privatización desnacionalizadora. Pero las potencias del norte no cumplen lo que nos predicán: ellas sí conservan su proteccionismo, discriminan contra nuestras exportaciones, y subsidian a sus agricultores y otros intereses socioeconómicos nacionales. Algún día la historia juzgará severamente los responsables de esa situación signada por la hipocresía y el ventajismo.

JAPON GOLPEA A ESTADOS UNIDOS

El colapso del imperio soviético y del comunismo ha dejado al mundo sometido a tres centros de poder capitalista, coincidentes en su afán de dominar y controlar al resto del mundo, pero rivales con respecto a esferas de influencia económica y a preeminencia política.

Desde hace un año, cuando su victoria en la guerra del Golfo Pérsico momentáneamente los elevó al primer puesto mundial, los Estados Unidos han venido decayendo, mientras asciende triunfalmente la estrella del Japón. Si bien es cierto que la potencia norteamericana aún genera el 25 por ciento de la producción industrial mundial y el Japón sólo el 15 por ciento, la participación de éste tiende a aumentar mientras la de aquél decrece. Los Estados Unidos se encuentran sumidos en una seria recesión económica, acompañada de creciente pobreza y descomposición social y moral, en tanto que el Japón conserva su carácter de nación pujante y bien organizada, con su economía en auge. Hasta cierto punto, ello se debe a la diferencia de sus respectivos "modelos" socioeconómicos: los Estados Unidos sufren los inevitables efectos de una política neoliberal, de capitulación del poder público ante un poderoso sector privado oligopólico, egoísta y carente de sentido de responsabilidad social, en tanto que el Japón posee un tipo de capitalismo dirigido en el cual el Estado y los consorcios privados trabajan mano en mano para garantizar, no sólo el crecimiento económico, sino también la armonía social y el empleo. Mientras el cinismo y la indolencia caracterizan a muchos norteamericanos, el empleado o trabajador japonés todavía se siente como un "samurai" al servicio de una jerarquía de señores dignos de respeto (no obstante los múltiples casos de corrupción oficial y privada).

La superioridad industrial del Japón se hace sentir sobre todo en el ramo automotor. Los "tres grandes" de la industria automotriz norteamericana, cada vez más golpeados y amenazados por la competencia de los autos japoneses que invadieron el mercado estadounidense, se olvidaron de su habitual "antiestatismo" y pidieron al presidente Bush que intercediera ante el gobierno japonés para que éste frenase un tanto a sus "tigres" automovilísticos. Ante la proximidad de las elecciones presidenciales y la evidencia de su creciente desprestigio ante una opinión pública angustiada e irritada por la recesión, el

primer mandatario de los Estados Unidos aceptó viajar al Japón a la cabeza de una misión económica de alto nivel, para tratar de lograr un futuro intercambio comercial más equilibrado entre las dos grandes naciones.

La gestión resultó humillante y políticamente contraproducente. El premier japonés prometió hablar con sus magnates del automóvil para que tuviesen "compasión" de sus competidores norteamericanos. Se firmó una declaración según la cual las "dos naciones industriales más importantes del mundo" unirán sus esfuerzos para edificar un "nuevo orden internacional". Los magnates norteamericanos se irritaron con su presidente, el emperador japonés lo derrotó en un juego de tenis, y al final de ese día amargo, George Bush se derrumbó en un desmayo físico que podría ser presagio de su caída política a fines del presente año.

Lo realmente interesante de estos sucesos es el hecho de que ya ha desaparecido la noción de que los Estados Unidos pudiesen ejercer una dominación imperial universal sobre un mundo "unipolar". Parece más probable que en los años venideros la humanidad estará sometida a un sistema de equilibrio entre tres centros de poder hegemónico: Norteamérica, La Comunidad Europea encabezada por Alemania, y el Japón con su séquito de "tigres asiáticos". Dentro de tal esquema, la estrategia deseable para Latinoamérica y otras regiones del tercer mundo parece consistir en: formar sus propias zonas de integración supranacional y, por otra parte, sacar el mayor provecho posible de la rivalidad financiera, comercial y política de los tres centros dominantes, impidiendo que cada uno de ellos se apodere de una esfera neocolonial separada y cerrada.

CAIDA DE GORBACHOV Y FRAGMENTACION EURASICA

Desde el fracasado golpe "conservador" (comunista) de agosto, la ex-URSS se fue fragmentando rápidamente, y de semana en semana se fortalecía la autoridad de los Yeltsin, Kravchuk, Nezarbayev y otros presidentes regionales, mientras Gorbachov quedaba cada vez más aislado y reducido a un papel meramente diplomático y simbólico. Los nacionalismos centrífugos resultaron irresistibles.

En un referéndum celebrado el 1º de diciembre de 1991, Ucrania —después de Rusia, la más fuerte de las repúblicas